

La cartografía cultural constituye un instrumento de conocimiento que permite comprender tanto el estado cultural de un territorio como un aspecto concreto de un proceso o modelo cultural. Por consiguiente, su aplicación resulta idónea y oportuna como estrategia para la orientación.

En este sentido, podemos afirmar que dicha aplicación se hace aún hoy más necesaria ante la compleja estructura en la que nos manejamos, condicionada por los vertiginosos acontecimientos económicos, políticos y sociales y por unas consecuencias conectadas a recortes y restricciones. En definitiva, ante la progresiva desarticulación del Estado del Bienestar, sobre cuya base ha crecido y desarrollado el sistema cultural.

Un escenario de incertidumbres que en el ámbito de la cultura se acentúa aún más de la mano de la consolidación del economicismo cultural como modelo dominante. Esta deriva, iniciada en la década de los noventa del pasado siglo, ha favorecido el retroceso de los servicios culturales tanto públicos como privados, marginando también el democratizador empuje cultural.

Por lo tanto nada más útil en estos críticos momentos que elaborar un mapa conceptual que, contemplando de partida la situación actual, establezca un itinerario cuyas rutas exploren nuevos trazados adaptados a tan espinosas circunstancias. Una estrategia que permita impulsar dinámicas y planteamientos aplicados desde perspectivas que reorienten el sistema hacia un cambio de modelo. Un escenario donde se reivindique y reformule la cultura para ser utilizada como necesario paradigma del desarrollo, impregnando con su retórica tanto el discurso político como el social.